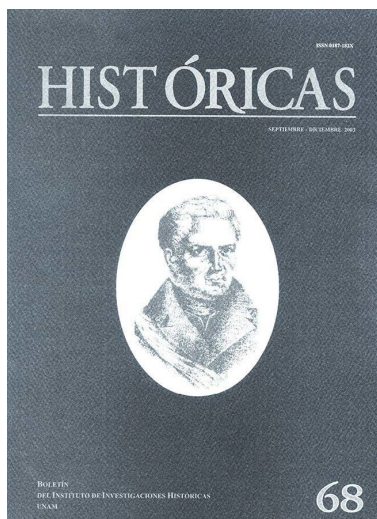




Artículo: La construcción de la nación española en México.
Una carta de Servando Teresa de Mier en 1810

Autor(es): Ávila, Alfredo

Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Número: 68

Año: 2003

ISSN edición impresa: 0187-182X

ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Ávila, Alfredo. "La construcción de la nación española en México. Una carta de Servando Teresa de Mier en 1810" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 68 (2003): p. 18-24. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM, <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3643>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es/>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución:
departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

La construcción de la nación española en México. Una carta de Servando Teresa de Mier en 1810

Alfredo Ávila

Presento a continuación una carta poco conocida de Servando Teresa de Mier, enviada desde algún lugar de la sierra de Espinelves, al oriente de España, el 12 de noviembre de 1809 a don Agustín Pomposo Fernández de San Salvador, e impresa en el *Diario de México* del sábado 10 de febrero de 1810 por el licenciado Carlos María de Bustamante. Su importancia es doble: la primera, por ser tal vez el primer documento impreso de la autoría del padre Mier. En efecto, no hay noticias de que sus sermones dados en Nueva España antes de 1795 —el primer año de su exilio— hubieran alcanzado las prensas, aunque poco faltó para que el más famoso de ellos fuera impreso. De acuerdo con su propio testimonio, en Europa tradujo *Atala* de François-Auguste Chateaubriand, publicada en 1801, pero no hay motivos suficientes para creerle.¹ Otra publicación dudosa del padre Mier es la *Proclama de los valencianos del ejército de Cataluña a los ejércitos de Valencia*, que Edmundo O'Gorman data en 1811,² después de la cual está la primera de sus *Cartas* al periódico *El Español* de Joseph B. White (José María Blanco y Crespo), de 1811, con la que, por lo general, inician las bibliografías del padre Mier.³ Incluso si la mencionada *Proclama* existiera, la carta a la que me refiero es anterior, por lo que merece el indisputable primer lugar en las listas de publicaciones del extraordinario regiomontano.

El segundo motivo por el cual creo que este importante documento debe aparecer de nuevo ante el público es por su contenido. Por lo general, conside-

¹ El propio Mier señaló la posibilidad de que su sermón guadalupano llegara a publicarse, pero decidió no darlo a las prensas: José Servando Teresa de Mier, *Memorias*, 1a. ed., 2 v., edición y prólogo de Antonio Castro Leal, México, Porrúa, 1988, v. I, p. 9; acerca de su traducción de Chateaubriand, Mier afirmó (*ibidem*, v. II, p. 28) que la hizo a petición del célebre Simón Rodríguez, quien bajo el falso nombre de Samuel Robinson dirigía una escuela de español en París y que, al final, la publicación apareció con ese seudónimo. José María Miquel i Vergés y Hugo Díaz-Thomé señalan que Mier no sabía francés aún, por haber recién llegado a Francia, además de otras inconsistencias en su dicho (José M. Miquel i Vergés y Hugo Díaz-Thomé, "Introducción" a José Servando Teresa de Mier, *Escritos inéditos*, introducción, notas y ordenación de textos por..., México, El Colegio de México, 1944, p. 16). La ficha de la traducción de *Atala* es *Atala o los amores de dos salvajes en el desierto escrita en francés por Francisco Augusto Chateaubriand y traducida de la tercera edición nuevamente corregida por S. Robinson, profesor de lengua española en París*, París, en casa del traductor, 1801, XXIV + 189 p.

² Edmundo O'Gorman, "Bibliografía del padre Mier", en José Servando Teresa de Mier, *Escritos y memorias*, prólogo y selección de..., 2a. ed., México, UNAM, 1944, p. XXXV.

³ *Carta de un americano al español sobre su número XIX*, Londres, impreso por W. Lewis, 1811, 110 p. Una lista, al parecer completa hasta la fecha de su publicación, está en los números 4 al 11 de la revista *Armas y Letras*, de la Universidad Autónoma de Nuevo León, correspondientes a los meses de abril a noviembre de 1944, que debemos al editor Armando Arteaga y Santoyo. La carta que presento ahora no está registrada ahí.

ramos a Mier como un enemigo acérrimo de España desde que empezó a padecer la persecución de las autoridades civiles y eclesiásticas de la monarquía. Incluso algunos autores han señalado cómo el padre Mier elaboró su fantástica tesis de la evangelización precolombina de México debida a Santo Tomás Apóstol para dotar a su patria de un pasado histórico propio y para quitar el principal título que los españoles tenían para conquistar y seguir domineando al Nuevo Mundo, la evangelización.⁴ En mi opinión, esta tesis es cierta sólo de un modo parcial: no hay evidencias de que Mier quisiera romper con España al menos hasta antes de 1811, cuando se trasladó a Inglaterra. Es verdad que cuando dijo el sermón de 1794 tenía en mente engrandecer a su patria, pero dentro de la monarquía española.⁵ Al final de la carta que sigue, el padre Mier señaló la importancia de la participación de los americanos en las fuerzas que enfrentaban a los franceses. Éstos eran excelentes y esforzados oficiales, lo cual no quiere decir sino que los nacidos de este lado del Atlántico eran los mejores y más valientes españoles. El patriotismo no es igual al nacionalismo; mientras el primero es sólo amor por la tierra donde se ha nacido, el segundo, en términos modernos, implica la búsqueda consciente de darle soberanía, y si ya se tiene, de protegerla a toda costa. El padre Mier se reconocía con orgullo como descendiente de los españoles que colonizaron el nordeste de la Nueva España: "Yo soy hijo de españoles —afirmaba—, no los aborrezco sino en cuanto opresores, y mi vida que he expuesto tantas veces combatiendo por ellos es una prueba irrefragable".⁶ Su participación como voluntario en el ejército de Valencia en contra de los invasores franceses también puede ser señalada como un elemento más de que, al menos hasta entonces, Mier todavía se consideraba español.

La misiva relata la heroica defensa del fuerte o castillo de Mequinenza y la batalla de Alcañiz a finales de mayo de 1809. Incluye también una referencia a la desastrosa batalla de Belchite, de 18 de junio, que fuera tan importante para la dispersión de los ejércitos de levante, y que el padre Mier recordaría en varias ocasiones, entre otras cosas, por haber perdido entonces todos sus papeles.⁷ En esos otros testimonios, Mier ratificaría la admiración que se muestra en esta carta por el general español de origen irlandés Joaquín Blake, quien inició sus actividades en la guerra de independencia el 9 de noviembre de 1808 con la derrota en Espinosa de los Monteros y que, no obstante su desastrosa carrera, llegaría a ser integrante de la Regencia. El motivo del aprecio de Servando tal vez se deba al reconocimiento que hizo el general de las actividades heroicas del regiomontano a favor de la causa peninsular.

⁴ David Brading, *Orígenes del nacionalismo mexicano*, trad. de Soledad Loaeza Grave, México, Era/Secretaría de la Defensa Nacional, 1994, p. 75-76.

⁵ Mier, *Memorias*, v. I, p. 8.

⁶ Mier, "Manifiesto apologético", en *Escritos inéditos*, p. 136.

⁷ José Servando Teresa de Mier, *Historia de la revolución de Nueva España*, 2 v., facsímil de la edición de 1813, pról. de Andrés Henestrosa, México, Fondo de Cultura Económica/Instituto Cultural Helénico, 1986, v. I, 339 y 350; Mier, "Manifiesto apologético", en *Escritos inéditos*, p. 59, "Carta de Mier al provisor Félix Alatorre: San Juan de Ulúa, 6 de octubre de 1820", *ibidem*, p. 195-197.

El propio padre Mier se encargó de relatar dichas actividades en la carta que envió a Fernández de San Salvador. Es notorio que desde entonces ya había adquirido el estilo que lo haría célebre. En la primera jornada de la batalla de Alcañiz, por ejemplo, "sólo [hizo] un prisionero", como si un capellán estuviera obligado a hacer más. En los siguientes días, logró (según su vanidoso testimonio) encargarse de los prisioneros franceses, cuidar de los enfermos y moribundos, amén de improvisar una glosa poética que, como se verá, nada tiene de espontánea. Cuando cayó preso de los gabachos, su poliglotía sirvió para salvar la vida a centenares de sus compatriotas y se vio acosado por los franceses que le ofrecieron una canonjía en Pilar, con una pensión del rey José. El editor de la carta, por su parte, también mostró una característica que lo habría de acompañar en su larga carrera como periodista, historiador y editor: incluyó varias notas marginales amén de intervenir dentro del texto, lo que hace difícil distinguir cuándo escribe el editor y cuándo el padre Mier.

Lo más interesante de la carta son las exaltadas muestras de patriotismo español que expresa el regiomontano, a quien la historiografía presume, como ya señalé, precursor del nacionalismo mexicano y promotor del odio a España. En su edición de los *Escritos inéditos* servandinos, José María Miquel i Vergés y Hugo Díaz-Thomé incluyeron una carta enviada a la Regencia de España desde Cádiz el 18 de mayo de 1811, muy poco tiempo antes de partir hacia Londres. Es una misiva muy elogiosa de las actividades de los voluntarios de Valencia a favor de la libertad de la península, lo cual hace sospechar a los editores que fue escrita como petición del cuerpo de voluntarios y que, por lo mismo, tanto amor a la causa española sólo puede explicarse si consideramos a Mier como un mero "redactor".⁸ Espero que la carta que viene a continuación corrija esta impresión, pues no fue escrita ni como portavoz del ejército sino a título personal, ni fue enviada a ninguna alta institución del gobierno, sino a un particular, amigo de Mier, Agustín Pomposo Fernández de San Salvador, quien era uno de los abogados con más renombre en la ciudad de México.⁹ Más allá de la descripción de la valentía hispánica y de los versos que incluye, quiero señalar la preocupación del editor —inada menos que don Carlos María de Bustamante!— en publicar en México esta epístola "para gloria de la nación" (la española, por supuesto) y mostrar una apropiación de las fuerzas españolas, a las que llama "nuestro ejército". Aquí radica, según creo, la mayor importancia de este testimonio de las acciones bélicas en la península. Se trata de un documento escrito

⁸ José M. Miquel i Vergés y Hugo Díaz-Thomé afirman que "Servando no fue en esta ocasión más que el redactor literario, [por lo que] no son de extrañar las manifestaciones de patriotismo español que encierra, de otro modo inexplicables". Presentación a la "Carta a la regencia de España", en *Escritos inéditos*, p. 521.

⁹ Agustín Fernández, descendiente de Ixtlilxóchitl y de nobles españoles, nació el 20 de septiembre de 1756 en Toluca. Fue doctor en Cánones por la Universidad de México, miembro de la Audiencia y del Colegio de Abogados y ocupó muchos otros cargos importantes. Por su iniciativa se abrió la Academia de Derecho Teórico Práctico. Después de 1810 ocuparía algunos cargos para el régimen, como miembro de la Junta de Censura, y fue un notable publicista contrario a los insurgentes: Pedro Henríquez Ureña, "Agustín Pomposo Fernández de San Salvador", en *Antología del Centenario. Primera parte 1800-1821*, 2 v., dirigida por Justo Sierra, México, Imprenta de Manuel León Sánchez, 1910, v. 1, p. 113-117.

por un regiomontano, que relata la gloriosa defensa de un castillo al norte de Tortosa, en Aragón, dirigida a un mexicano y publicada, en esta ciudad, por un oaxaqueño que se refería a todos esos acontecimientos con un “nuestros” que, de seguro, incluía a sus lectores. La difusión por medio de la prensa (incluso a algunos lugares alejados en la provincia, como puede verse en la lista de suscriptores), de acontecimientos ocurridos más allá de la realidad cotidiana de cada comunidad, contribuyó a la invención de una comunidad imaginada de gran tamaño: la nación española.¹⁰ Es verdad que Mier siguió pensando que la monarquía hispánica era una confederación de reinos, pero su vívida descripción y sus versos, junto con las apostillas y la intención de Bustamante, contribuyeron a imaginar una nación que, por cierto, no duró mucho tiempo en Nueva España: la española. Sin embargo, la transformación cultural, la apertura mental que sufrieron los lectores de ése y otros números del *Diario de México*, permitiría que, no mucho tiempo después, estuvieran en posibilidad de imaginar otra nación, la mexicana.¹¹

Diario de México, tomo XII, 1593, sábado 10 de febrero de 1810, p. 161-164.

Extracto de una carta

Señor editor. Nada se nos ha dicho entre tantos papeles de la formidable resistencia del castillo de *Mequinenza*, situado en el reino de Aragón; y deseoso de dar idea de ella, para gloria de la nación, me permitirá usted que le copie un artículo de carta escrita al Dr. D. Agustín Pomposo Fernández de San Salvador, por su amigo D. Servando de Mier y Noriega, capellán del primer batallón de voluntarios de Valencia, fecha en una barraca sobre las montañas de Espinelves a la vista de Gerona, Figueras y Rosas a 12 de noviembre de 1809.

Avanzamos, dice, en mayo hacia Aragón en número de catorce mil hombres, veinte cañones y cuatrocientos caballos, dejando fuerte guarnición en *Mequinenza*, castillo donde en ese mes se estrelló catorce veces el furor de los franceses últimamente. El día 15 arrojamos sin resistencia a los gabachos de la ciudad de Alcañiz: yo sólo hice aquel día un prisionero y entraron en nuestra jurisdicción 25 pueblos; pero el día 23 nos atacaron desde las siete de la mañana los franceses con quince mil hombres, mil caballos y la correspondiente artillería. Hicieron especialmente los aragoneses aquel día prodigios de valor, y nunca

¹⁰ Como puede verse, sigo en esto a Benedict Anderson, quien señaló la importancia de la prensa y del desarrollo del capitalismo impreso para la imaginación de las comunidades nacionales: Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, trad. de Eduardo L. Suárez, México, Fondo de Cultura Económica, 1997. Acerca del papel de periódicos coloniales en la construcción de la nación moderna, véase la tesis de Marcela Uribe León, *Dos españoles americanos: Andrés Bello y Carlos María de Bustamante. Un análisis comparativo: La Gazeta de Caracas y El Diario de México 1808-1810*, tesis de licenciatura en Estudios Latinoamericanos, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 2003.

¹¹ En la transcripción que sigue sólo he modernizado la ortografía, pero respeté la peculiar redacción del editor (Bustamante).

los franceses pudieron avanzar por la izquierda; pero en la derecha y el centro estaban tropas bisoñas de Valencia, que era el primer día que veían el fuego, y comenzaron a huir en pelotones. Todo nuestro campo se replegó al ímpetu de la caballería; ya las balas de cañón enemigas penetraban hasta el río de Alcañiz y una me hizo a mí volar por los aires; pero caí sin lesión. A las tres de la tarde todo era perdido, y los franceses estaban a la puerta de la ciudad, y subían a tomar la primera batería que ya no les ofendía. Guardábamosla los voluntarios de Valencia, y recibiendo orden de acometer a bayoneta calada, porque ya no había lugar para más, fue tal el ímpetu de mi batallón, que ellos no aguardaban, que recularon como doscientos pasos, lo que les puso al tiro de la artillería a metralla; en un instante barrió toda la división de granaderos de Vístula, puso en fuga el resto del ejército francés, y se decidió la victoria. Yo no sabía qué hacerme, porque los míos me habían entregado los prisioneros, y era necesario auxiliar a los heridos expirando. Al fin me desembaracé, y bajo las balas y granadas que todavía cruzaban, me interné en el campo para auxiliar a nuestros moribundos y entre montones de cadáveres. Luego subí a la batería y sobre el cañón de la victoria, que todavía disparó veinte granadas, prorrumpí en esos vivas poéticos que van a lo último,¹² y aunque resonaron en todo el ejército no tienen más mérito que el improvisamiento y circunstancias. No tuvimos sino cincuenta muertos, ciento y tantos heridos, y los franceses nos dejaron noventa prisioneros, y cerca de tres mil tendidos en el campo de batalla, sin contar ochenta carros de heridos de a seis y siete cada uno, y muchísimos que no cupieron en ellos.

Después habla de la desgraciada acción de Belchite, acaecida en 18 de junio, y malograda por una batalla enemiga que incendió el cajón de un obús nuestro, y cincuenta y dos granadas, que obligó al centro de nuestro ejército a retroceder precipitadamente, creyendo que también había volado el depósito de municiones, que allí cerca estaba: entonces se dispersó, cayendo en poder del enemigo nueve cañones, municiones, bagajes, etcétera, y por milagro sólo seiscientos prisioneros, de los que yo fui uno. El día 19 estuve para ser arcabuceado, y ya estaban ante mí seis fusileros, como otros seis delante del comandante de la vanguardia del ejército, teniente coronel D. Pedro Texada, ingeniero habilísimo y valiente, que cayó a mi lado y absolví. Valióme la pericia del idioma francés, y cuando aquella chusma de bárbaros de todas naciones me oyeron hablar en todas sus lenguas (pues sé nueve), me tomaron tal cariño que al otro día salvé la vida a quince soldados y dos oficiales, en el acto de irlos a fusilar; a otro día salvé a cuatro, otro al mayor de caballería de Santiago y al brigadier coronel de Olivencia. Hice llevar a curar setenta y dos heridos, que salvé. Vestí a todos los prisioneros que habían quedado desnudos y los alimenté un mes. Hice mil otras cosas, porque mi instrucción para los gabachos era un prodigio, y me daban una canonjía del Pilar, con una pensión del Tío Pepe, para que me quedase de intérprete general del ejército. Yo los entretuve hasta que vi salir todos mis compañeros para Francia, y el día 27 de julio escapé por las montañas de aquella miserable Zaragoza, de

¹² Los daremos mañana. D.

que la mitad está por el suelo, y donde los pocos habitantes que restan viven en la miseria, la opresión y sobresalto. Sin embargo, los franceses no han tocado en nada del templo del Pilar, que está intacto y servido como siempre, ni en la Catedral ni en parroquias. Habla después del buen recibimiento que le hizo en Reus el señor Blake,¹³ capitán general de Aragón, saliéndolo a recibir a su antecámara. Refiere la honrosa satisfacción que con esto tuvo, y hablando de los *americanos* que sirven en el ejército, dice: sepa usted que todos los ejércitos están llenos de americanos, excelentes oficiales, sin que haya cuerpo en que no haya alguno. En el mío hay el primer capitán *Díez*, el brigadier inmortal *Pucarla* y yo. El cuerpo de artillería, el más acreditado de Europa, y a quien principalmente debemos todos nuestros triunfos, está en su mayor parte compuesto de americanos, que venían a estudiar en el Real Colegio de Segovia. Lea usted en la *Gaceta de Gobierno* de este 31 de octubre el elogio de nuestro paisano Ustáriz. Señor editor: si éstas no son satisfacciones, mi corazón no conoce otras sobre la tierra: participe usted de ellas como se lo suplica su amigo E. L. C. M. de B.

Diario de México, tomo XII, 1594, domingo 11 de febrero de 1810, p. 165-166.

VIVAS DE ALCAÑIZ

Viva el SÉPTIMO FERNANDO
España valiente y leal
La sabia Junta Central
Viva Blec siempre triunfando.

El pérfido Napoleón
pretendió darnos la ley,
pero juramos al Rey,
que nos dio la sucesión:
Como la constitución
era sobre todo mando,
de mudarla renunciando,
ninguno tuvo poder,
hasta morir o vencer:
Viva el Séptimo Fernando.

El poder de los romanos
cuatro siglos se estrelló,
en donde el César tembló,
y huyeron los africanos.

¹³ Aunque se escribe Blake, se pronuncia Blec, porque el apellido es inglés, y se sabe que la *a* vale *e*, y la última *e* es muda.

El jefe de los tiranos,
de Carlo Magno rival,
arrojó en cadena igual
la Europa, mas no advirtió
que en Roncesvalles venció
España valiente y leal.

Como aliado verdadero
nuestras plazas ocupó
el francés, cuando nos vio
sin armas, tropa, dinero:
Pero un castillo roquero
e inagotable arsenal
halló en cada pecho leal:
La invicta Inglaterra ayuda,
y a todo provee sesuda
la sabia Junta Central.

Envidia la Europa esclava,
los laureles de la España,
y el negro borrón con seña
en sangre francesa lava.
Ya en la península acaba,
su león la va devorando,
Zaragoza está atizando
el valor con su ceniza,
vamos a Numancia aprisa
Viva Blec siempre triunfando.

El general marqués de Lazán me envió a pedir estos versos, y como su excelencia es hermano de otro Palafox, que defendió a Zaragoza, y bajo el mando del marqués en Ampurdam habíamos ganado la batalla de Castellón de Ampudia, yo le mandé las décimas con el siguiente sobre:

Preguntan si se rindió
Zaragoza. No existía:
un hospital que allí había
por necesidad se abrió:
Allá el francés se alojó
para curar sus heridos;
pero ya restablecidos,
otro Palafox feliz,
en Ampurdam y Alcañiz
manda que sean despedidos. □